

## Crítica de teatro

# Un «Caballero de Olmedo» más narresco que Iopesco

«EL CABALLERO DE OLMEDO», de Lope de Vega. Arreglos de Francisco Rico. Dirección: Miguel Narros. Escenografía: Andrea D'Odorico. Música: Gregorio Paniagua. Intérpretes: Carmelo Gómez, Enrique Menéndez, Encarna Paso, Laura Conejero, Paz Marquina, Ana Goya, Fernando Conde, Marcial Álvarez, Antonio Canal, Jaime Blanch, Juan Calot, José Carlos Castro, José Luis Martínez. Compañía Nacional de Teatro Clásico. Teatro de la Comedia.

Como invitado de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, Miguel Narros, curioso paralelo de Juan Barranto, desterrado éste de la alcaldía de Madrid, aquél, desterrado de la dirección del Teatro Español, presenta la comedia de Lope, «El Caballero de Olmedo», de la cual ya hizo otro montaje por los años cincuenta en Barcelona. «Éstos son mis poderes», parece querer decir no desde las ventanas de un histórico caserón matritense, sino desde el escenario de la Comedia.

Y ¿cuáles son esos poderes? Principalmente dos: el de la Poesía y el de la Imaginación. Narros los utiliza como alas en su función de dirigir teatro. Quizá abuse un poco. A otra manera de aquella en que Cisneros mostraba sus cañones. Encuentra el crítico que el don Alonso de Narros, o sea el caballero de Olmedo, es un hombre invadido por el sentimiento del amor y transido por el sentimiento de la muerte. De ahí que este don Alonso resulte un personaje excesivamente romántico. Desde el primer momento, desde el personal prólogo que empieza «Amor, no te llame amor/el que no te corresponde», vemos al caballero con disnea de amor. El amor no le deja, literalmente, respirar. Y a partir de ese exceso, perfectamente admisible, su evolución lo deriva del ardiente sentimiento amoroso al hijo de su pavorosa evidencia de la muerte. A tal punto llega, que cuando don Alonso transita por la negra senda nocturna hacia Olmedo, es una especie de don Juan Iloriqueador mucho más cercana al don Juan Ilorón de Musset que al caballero prerrenacentista de Lope de Vega.

Esa evolución marca el sentido último del montaje. Se parte de una preciosa escena como las de presentación de doña Inés y su hermana doña Leonor, con laúd, clavecín y bien traídas poéticas canciones en un escenario cuya composición recuerda a ciertos preciosos cuadros de género de los viejos pintores de los Países Bajos. Hay un salto en la estética temporal. Todavía anda el rey don Juan II, un rubio y débil Trastámara en llos con Don Álvaro de Luna y los Infantes de Aragón. Falta tiempo para que los infantes españoles lleguen a los Países Bajos. De modo que Narros, fiel a su personalidad un tanto barroca, inicia desde sus primeras escenas un juego de anacronismos legitimado por los anacronismos que siempre fueron gala no del caballero de Olmedo, sino del mismísimo Lope de Vega.

Discreto en la primera parte de la representación, Narros se desboca en la segunda. Esos capotillos toreros que, si hubiera consultado el Cossío, no estarían donde nos los muestra, esas presencias, no previstas por Lope, de personajes que no deberían estar donde son intrusos, van haciendo de la libertad desvarío. La reyerta del caballero y don Rodrigo a navaja albaceteña degrada la calidad de las espadas a cambio de vigorizar el anacronismo de las vestimentas masculinas. Todo lo añadido va en aumento. Se deslía, en cambio, el dramatismo premonitorio de la copla de Lope, que también había leído «La Celestina» y no podía por menos que cono-

cer la música de la seguidilla, ni los juegos del romance. Casi desaparece. El destino del caballero no tiene cuernos. No hay por qué ponerle cuernos a ese destino. El caballero no muere de cornada. Muere alanceado, «salen del bosque embozados y atraviésale una lanza», dice el romance viejo y yo recuerdo ya añejas conversaciones con mi docto amigo don Antonio Rodríguez Moñino, asiduo a la tertulia del Café Gijón, allá por los cincuenta, en que comentábamos aquella «salen seis hombres a él/ disparan seis escopetas», que está en un precioso cancionero que el académico poseía.

Queda pobre, desvaído, el asesinato con el arcabuzazo que el propio don Rodrigo, que no va a pelear, sino a matar, dirige. Toda la secuencia nocturna, inspiradora de tantas otras posteriores, encontrable como fondo en otra, famosa, de García Lorca se viene abajo bajo el peso, excesivo, de las interpolaciones del montaje.

Éste es radicalmente excesivo por estético. Los espacios escénicos están jugados desde la libertad absoluta. Y eso produce bellos momentos, junto a caricaturizaciones que estragan el paladar. El complicado juego de cortinajes metálicos, de transparencias liberadoras montado por D'Odorico, así como los contrastes vestimentarios de los figurines de Narros, violentan la unidad dramática, rompen la expresión de una época en la que el suceso tiene unos límites morales y literarios diferentes del tiempo demasiado abstracto en que la acción resulta puesta. Todo lo cual no impide que el aspecto visual del espectáculo, la llamada ostensión, resulte bella conjugación de valores exteriores.

Carmelo Gómez, evidentemente puesto en rasero de amor superferolítico, sirve con vigor, buena voz y fidelidad la imagen mental que le ha marcado Narros. Encarna Paso es una gran actriz. Su Fabia no puede ser superada por ninguna de las Celestina que la han precedido. Laura Conejero pone una estampita linda, tierna, afortunada en la expresión gestual, aunque su doña Inés necesitaría más perfecta expresión oral. Desde la escena de su presentación, el enamorado despechado, don Rodrigo, está en excesiva violencia. Sus preciosas décimas de quejas de amor piden otro matiz. El desdén no se ha producido, para su información, todavía. Arrufianado, pierde la condición de enamorado a quien el despecho lleva al crimen. En conjunto, el friso es bueno. El verso está bien dicho casi siempre y denota una labor minuciosa de dirección. Falta por resaltar la brillantez de Enrique Menéndez en un Tello que responde bien a la tradición del gracioso en nuestro teatro del Siglo de Oro.

No hay tiempo para más precisos análisis de esta empresa teatral generosa, atrevida, excesiva, que responde perfectamente al estilo, en tantas cosas admirable, en tantas discutible, de Miguel Narros. Ahí queda, con sus excesos y sus aciertos, «El Caballero de Olmedo».

Lorenzo LÓPEZ SANCHO

**EMPRESA DE SERVICIOS**  
de Ambito Nacional  
PRECISA

**ADMINISTRATIVO**

Para el Departamento  
de Personal

**Pedimos:**

- Formación a nivel de F.P. II en el área Administrativa o equivalente, con conocimientos de mecanografía.
- Servicio Militar cumplido.
- No es necesaria experiencia, aunque valoraremos la aportada en el área de personal.

**Ofrecemos:**

- Incorporación inmediata.
- Posibilidades de desarrollo profesional.
- Retribución a convenir.

**Interesados enviar Historial personal y profesional con fotografía y teléfono de contacto al Apartado 36.112 (28080 de Madrid). Indicando en el sobre la REFERENCIA n.º 556/90.**



**Universidad Pontificia Comillas**

MADRID

FACULTAD  
DE DERECHO

**CURSO DE  
DERECHO  
COMUNITARIO**  
1990-1991

- De noviembre a junio.
- Condiciones: ser titulado superior.
- Plazo de matrícula: 15 de septiembre a 15 de octubre.
- Horario: lunes a jueves, de 19 a 21 horas.
- Plazas limitadas.

Información e inscripción

**ICALICADE**

Alberto Aguilera, 23. 28015 Madrid. Teléf. 542 28 00

**SHAP CONSULTING, S. L.**  
CONSTRUCCIONES Y REFORMAS  
PRESUPUESTO SIN COMPROMISO

Comienzo inmediato de las obras y costes más bajos del mercado. Calle Jacinto Verdader, 4, escalera derecha, tercero A. Teléfonos 469 43 31 y 469 95 47